

gociaciones preparatorias del tratado de Madrid exigirá el cumplimiento de las cláusulas del tratado de Arrás de 1435, que imponían a Carlos VII la obligación de erigir un convento y de hacer celebrar misas en memoria de Juan Sin Miedo y en expiación del atentado de Montereau (1). Y tan clara fué para todo el mundo esta concepción, que los mismos franceses, al hablar de sus adversarios, decían los *borgoñones* en vez de decir los españoles, los flamencos ó los imperiales. Pues bien, la cuestión de Borgoña comprendía las contiendas relativas no sólo á Borgoña y á sus dependencias, sino también al Franco-Condado, á las ciudades del Somma, á Flandes y al Artois; respecto de esto, Carlos V era necesariamente enemigo de Francia.

Finalmente, como príncipe español, Carlos V reivindicaba el reino de Nápoles que en otro tiempo poseyera la casa de Aragón y se veía impelido á intervenir en todos los asuntos italianos, en lo cual también se ponía en pugna con Francia.

El título de emperador le servía en sus diferentes proyectos, porque ciertas provincias francesas habían formado parte del Imperio en otro tiempo, en el tiempo del célebre reino de Arlés, que no había desaparecido del todo hasta el siglo XIV; y Carlos, apegado siempre á las tradiciones y hábil, á la vez, para utilizarse de ellas, reanudará, por lo menos como teoría histórica, las pretensiones imperiales sobre el citado reino. Por otra parte, en Italia, el Milanesado, Mantua y el Monteferrato eran feudos imperiales sometidos á la investidura del emperador, y las guerras de Italia habían hecho revivir precisamente este derecho, habiéndose visto obligado Luis XII á pedir la investidura del Milanesado á Maximiliano (2).

De manera que el título imperial aumentaba el poderío de Carlos, pero al propio tiempo la magnitud de su poderío territorial añadía á aquel título una fuerza especial.

Bien es verdad que este poderío no era tan considerable como parecía, pues aunque Carlos poseía en Europa, en 1520, los Países Bajos (desde 1506), España, los reinos de Nápoles y de Sicilia (desde 1516), Austria, la Estiria, la Carintia y el Tirol (desde 1519), y además el imperio, las necesidades de su política le obligaron en 1521 á abandonar á su hermano Fernando los dominios austriacos, y aun de los bienes que le quedaban era preciso descontar casi Nápoles y Sicilia, cuya conquista vióse á menudo comprometida, y que sólo conservaba á fuerza de hombres y de dinero. España, que llegó á ser el fundamento sólido de su grandeza y que será la patria de elección de sus descendientes, era fuerte (3), pero se hallaba atrasada con relación al resto de Europa: el territorio estaba poco ó mal cultivado, y fuera de algunas grandes ciudades como Barcelona, Zaragoza, Toledo, Valencia, Granada y Sevilla (4), las demás eran sombrías y poco habitadas; los españoles no se dedicaban á los trabajos industriales ni á los estudios liberales, que dejaban para los extranjeros; eran ante todo soldados y ellos serán los que pronto llenarán las

(1) Véase en el tomo II el reinado de Carlos VII.

(2) Véase pág. 101.

(3) Véase págs. 76-77.

(4) Madrid no adquiere importancia hasta el fin del reinado.

filas de los ejércitos de Carlos, y aportaban á la guerra el valor, la astucia, una supervivencia del «espíritu púnico», como ha podido decirse, una pasión fría y sanguinaria y una codicia calculadora, pues el soldado español ofrecía la particularidad de saquear y no gastar su botín. Pero las ventajas que para Carlos podían resultar de la fuerza latente de España y de las costumbres guerreras de los españoles estaban singularmente debilitadas por el espíritu de particularismo y de libertad que reinaba en Castilla y más aún en Aragón. Hasta bastante tiempo después no existió un acuerdo perfecto entre Carlos y su pueblo.

La Flandes, muy rica, muy próspera todavía á principios del siglo XVI, fué leal al emperador, tanto que éste tomó de ella sus ministros, pero abrió muy poco su bolsa. Después, á medida que Carlos se hizo español, los flamencos se alejaron de él, llegando aquel desvío hasta la rebelión en 1539. Por otra parte, en los Países Bajos, como en España, había libertades con las cuales era preciso contar.

También Alemania tenía sus libertades, libertades de los príncipes y libertades de las ciudades, que aquella nación ponía empeño en conservar; así es que el emperador encontró allí incesantemente oposiciones que se complicaron con el problema del protestantismo. Su hermano Fernando le permaneció en extremo fiel, pero sólo podía serle útil negociando con los príncipes y con la Dieta, y únicamente á fuerza de consideraciones conservaron ambos cierta autoridad ó cierta influencia en el imperio.

Aquel soberano de tantos Estados fué un soberano pobre. Que los gastos de la elección imperial, valuados en un millón de ducados, agotaron su tesoro en 1519 y 1520 hasta el punto de no poder pagar los gastos corrientes de su casa y de verse obligado á solicitar empréstitos de Enrique VIII, de Venecia ó de los banqueros romanos, se comprendería, dado el excepcional esfuerzo financiero que había tenido que hacer; pero el caso es que nunca tuvo dinero: de Nápoles no sacaba nada y aun sucedió que la defensa del reino costó más de lo que producía; Castilla sólo daba 400.000 ducados limpios al año; y en cuanto á las posesiones de las Indias, no hay que olvidar que en 1519 el emperador no poseía casi nada fuera de las Antillas, y no sacaba de las minas de oro y plata del archipiélago más que unos 100.000 ducados. La conquista de México no comenzó hasta 1519-1520: en 1520 los emisarios de Cortés trajeron presentes cuya magnificencia asombró á los contemporáneos, y que consistían en un sol de oro y en una luna de plata; en 1522 hubo nueva remesa, pero dos de los buques que venían cargados de lingotes fueron apresados por los franceses (5), de suerte que la hacienda española estuvo una vez más á merced de un corsario ó de una tempestad. El Perú, ese gran depósito de metales preciosos, no fué propiamente invadido por Pizarro hasta 1534 y su posesión aprovechó durante mucho tiempo más á los aventureros españoles que al gobierno.

De modo que durante todo el reinado las empresas se vieron perpetuamente dificultadas, la situación estuvo comprometida y los triunfos resultaron vanos á

(5) Véase pág. 205.

causa de la penuria económica. Después de la brillante victoria de Pavía, Carlos no tenía 20.000 ó 30.000 ducados para pagar á sus tropas y más de una vez la suerte de Europa dependió de cantidades de esta monta.

Francisco I discernía perfectamente el punto débil de su adversario: «No temo al emperador, escribía en 1523, porque no tiene dinero,» y la siguiente carta, dirigida en 1520 á su embajador en Roma, es el propio juicio de la historia sobre el poderío de Carlos V:

«Y no debe temerse lo que decís de que tiene más que sus antepasados emperadores, porque estando sus territorios dispersos en distintos lugares y lejos unos de otros y de la obediencia y cualidad que cada uno sabe, se verá bastante apurado para dirigirlos y conservarlos sin buscar otra cosa; y por lo mismo que posee muchos bienes, toda su cuidado y toda su atención debieran ser vivir en paz. Por otra parte, harto comprenderéis que si todos los príncipes de la cristiandad entendieran que quiere ensancharse y comerse los uno después de otro, no lo sufrirían de ningún modo, antes bien, para librarse cada uno del peligro que pudiera sobrevenirle, se unirían juntos para hacerle volver á su casa. Y además de esto, los señores de Alemania que viven en la libertad que sabéis, no le querrían demasiado grande á fin de que no los sojuzgara.»

Con mucha exactitud se ha dicho que «la fuerza de Carlos fué siempre exactamente igual á su debilidad.»

En frente de estas fuerzas dispersas, la Francia del siglo XVI estaba vigorosamente concentrada. La autoridad real con sus excesos pudo haber suscitado descontentos y hasta movimientos de rebelión; pero nunca se vió realmente dañada ni amenazada siquiera; y en cuanto á recursos pecuniarios, Francisco I los tuvo en abundancia, y sus apuros se debieron á que con frecuencia los malgastó (1). Aun después de Pavía, cuando Carlos apenas podía pagar á sus soldados, la Regente pagaba regularmente en Francia á las tropas que regresaban de Italia.

Hasta 1525, el emperador, como veremos, tuvo más aliados que Francisco I: el rey de Inglaterra le fué favorable en un principio, y hasta cuando le abandonó, limitóse á combatirle diplomáticamente; los príncipes italianos mostráronse más vacilantes porque temían por igual á los dos adversarios, así es que antes de 1525 más bien se inclinaron á Carlos; desde 1525 á 1529, á Francisco, y después volvieron, más ó menos voluntariamente, á la alianza imperial. La lucha, en gran parte, se decidió por la intervención no de aliados sino de auxiliares, en un principio indirectos, de Francia, á saber: los reformados de Alemania que estorbaban á cada momento las combinaciones del emperador, y los otomanos que le atacaban ó amenazaban por el Este y por el Sur. Después de 1530, unos y otros entraron en relaciones más estrechas y más íntimas con Francia.

Es evidente que los diferentes Estados comprendieron desde el primer día que á todos interesaba directamente la lucha entre ambos príncipes (2); por esta ra-

(1) Sobre todos estos particulares véase libro IV, capítulo IV, en donde se publica el cuadro de los recursos de Francia y de las concepciones gubernamentales de Francisco I.

(2) Respecto del equilibrio europeo, de las nacionalidades, de la importancia del derecho de sucesión y del afán de matrimonios, véase págs. 100-108.

zón las guerras de Francisco I y de Carlos V contienen verdaderamente la historia de Europa durante la primera mitad del siglo XVI. No quiere esto decir, ni mucho menos, que estos dos soberanos sean las únicas personalidades dignas de atención, ó que no hubiera en aquella época acontecimientos importantes más que en Francia ó en España; quiere esto decir únicamente que la rivalidad entre el rey y el emperador encendió la lucha entre Francia, España, Italia, Alemania y Turquía, y sobre todo, que fué el palenque en que se discutieron los destinos de Italia, los del catolicismo y los de la cristiandad enfrente de los otomanos.

Eran estas otras tantas cosas nuevas á las cuales no correspondía ninguna teoría. Las antiguas doctrinas sobre la supremacía de los papas ó de los emperadores habían caducado y, á excepción de Carlos V, nadie las tomaba en serio; por otra parte, no se pensaba todavía en el derecho de las nacionalidades ni en la libertad de las conciencias, libertad y derecho que habían de surgir insensiblemente á medida que los pueblos se dieran cuenta poco á poco de los cambios que se producían. Aunque las pretensiones rivales se fundaran repetidas veces en derechos hereditarios, los matrimonios entre príncipes no tuvieron ya la importancia que en la diplomacia habían tenido durante todo el siglo XV y en los primeros años del XVI, porque la mayoría de las naciones estaban ya demasiado sólidamente constituídas para hallarse á la merced de un enlace matrimonial. También apareció entonces la idea de la necesidad de una cierta proporción de fuerzas entre estas naciones; pero la política del equilibrio europeo que parece haber sido un recurso inventado en aquella época, sólo aprovechó, como sucede, siempre á los pueblos fuertes, y el siglo XVI vió desaparecer la independencia de tres países: Italia, Bohemia y Hungría.

Es indiscutible que el poderío, las teorías y la ambición de Carlos eran temibles para Francia y que Francisco I merece elogios por haberlos combatido; pero lo que importa saber es si empleó los mejores medios para triunfar; si comprendió bien su papel, que consistía en defender la independencia de los demás al mismo tiempo que la suya propia, puesto que el poderío, las teorías y la ambición de Carlos eran también temibles para Europa; y si vió que los intereses de Francia estaban, más que en Italia, en el Norte y en el Este del reino.

CAPÍTULO II

PAVÍA Y MADRID

I. Diplomacia de Francisco I en 1520 y 1521. — II. Estalla la guerra. — III. Complet de Borbón. — IV. Campaña de Pavía. — V. Cautiverio de Francisco I y tratado de Madrid.

I.—Diplomacia de Francisco I en 1520 y 1521

Todo el mundo consideraba inminente la guerra; pero Francisco I y Carlos V presentaban de tal manera la gravedad de la misma, que intentaban cuando menos retardarla. Ya en el transcurso de las intrigas electorales, en mayo de 1519, de Boisy, embajador de Francisco I, y de Chievres, embajador de Carlos, habían celebrado conferencias en Montpellier sin lograr ponerse de acuerdo. En una nueva entrevista de enero de 1520, entre de

Chievres y el nuevo embajador del rey de Francia que había reemplazado á Boisy, fallecido en 1519, los dos delegados se ingeniaron para no hablar. Chievres comenzó por exponer «que existía alguna pequeña desconfianza entre el rey y el emperador y que las cosas no estaban tales como de costumbre y que era preciso arreglarlo todo, á ser posible..., y me dijo (es el embajador francés quien habla) que yo empezase algo.» Pero el embajador no quería empezar en modo alguno y cada día hubo entre ambos el mismo juego de esgrima defensiva y fútil. Después, de pronto, surge el verdadero pensamiento de Carlos y se aclara la significación de los hechos: en efecto, al final de las negociaciones, Chievres hace observar que «con posterioridad á los tratados (de Noyón y de Cambrai) ha sobrevenido la dignidad imperial, por virtud de la cual el emperador se encuentra en situación muy distinta de la de entonces.» Sin embargo, añadía, el emperador «no pide cosa alguna fuera de los tratados; pero si el rey, su buen padre, desea algo más, podría suceder también que el emperador declarase, á su vez, otras cosas que dicho señor rey pudiera hacer por él.» Esto era una proposición para llegar á una inteligencia, pero una proposición en la que se indicaba que sería preciso tener en cuenta la «nueva situación» de uno de los aliados y esto era precisamente lo que no quería hacer, y con razón, Francisco I.

Esto no obstante, y aunque las circunstancias parecían ser favorables, el monarca francés no comenzó inmediatamente la lucha.

Desde la muerte de su abuelo Fernando (1516), había encontrado Carlos en España grandes dificultades. Sus derechos á la herencia de Aragón y de Castilla eran bastante discutibles y podían serle disputados por su madre, la reina Doña Juana, y hasta por su hermano menor Fernando; por esto, á fuer de político que todo lo subordina á las necesidades de Estado, procedió contra su madre y la mandó encerrar, aprovechando un ataque de locura que no puede inspirar la menor duda, en sentir de la mayoría de los historiadores actuales (1). Con su hermano hubo de guardar mayores miramientos, pero en 1517 se atrevió á destituir al gran cardenal Jiménez, verdadero dueño del poder desde 1516. Cuando en 1517 se encaminó á España, llegó á esta nación como extranjero: al salir de los Países Bajos había tomado la vía marítima y pensaba desembarcar en un punto de las costas del golfo de Gascuña; los ribereños, al ver los buques que le conducían, creyeron que se trataba de un ataque de los turcos ó de los franceses y huyeron á los montes con sus mujeres y sus hijos; mas una vez desvanecido el error, acogieron muy benévola-mente al nuevo príncipe y le llevaron víveres, de los que estaba muy necesitado. Desde Villaviciosa, pequeño puerto de Asturias, hasta Toledo, Carlos avanzó lentamente por un país casi desierto, en el que sólo se habían podido reunir algunos caballos, por lo que durante los primeros días una parte de los que acompañaban al príncipe iban á pie en tanto que las damas eran conducidas en carros tirados por bueyes.

Cuando se hubo encargado del gobierno y se vió que

(1) La reina Doña Juana estuvo presa hasta su muerte, acaecida en 1555.

se rodeaba de consejeros flamencos y se entregaba en absoluto á la influencia de Chievres y que todos sus favores eran para los extranjeros, el descontento fué vivo y se apoderó poco á poco de todas las clases de la nación. Los españoles no concedían ninguna importancia al título imperial, y, sin embargo, de España salieron la mayor parte de los recursos necesarios para atender á los gastos enormes de la candidatura; para ello aumentáronse los impuestos, y las cortes de Aragón y de Castilla viéronse obligadas por toda suerte de actos arbitrarios á proporcionar subsidios. Pronto se vió que todas las libertades estaban amenazadas.

La sublevación comenzó en Toledo, en mayo de 1520, y fué obra principalmente del pueblo de las ciudades, de los «comuneros», apoyados en un principio por una parte de la nobleza y del clero. En 29 de julio la junta revolucionaria de Avila destituyó al Consejo de regencia de Carlos, proclamó á Doña Juana y redactó un programa de reformas; pero los sublevados de las clases altas, alarmados por los progresos y por las tendencias de la revolución, no tardaron en abandonar aquella causa, y después de la victoria obtenida por las tropas reales en Villalar, en 24 de abril de 1521, los últimos restos de la sublevación se concentraron en Toledo, en donde aun prolongaron por algún tiempo la resistencia. En lo sucesivo, Carlos nada había de temer ya de España.

En lo más agudo de aquella rebelión, había tenido el monarca sangre fría y perspicacia bastantes para comprender que los mayores peligros no provenían de Castilla ni de Aragón, y se había embarcado con objeto de entablar negociaciones con el rey de Inglaterra y de arreglar los asuntos de Alemania.

«Es tan grande la confusión que reina en el imperio, escribía en 1520 el cardenal de Este, que cada cual hace allí lo que se le antoja; hay muchos que gobiernan, pero pocos que obedecen.» Para aumentar el número de los que obedecían y disminuir el de los que mandaban fué precisamente á Alemania Carlos, quien comenzó por celebrar en Aquisgrán la ceremonia solemne de la coronación que consagraba su autoridad. En la dieta de Worms, que se reunió en 27 de enero de 1521, determinó la composición y los derechos del Consejo de regencia y de la Cámara imperial; pero ocurrió allí un suceso importante y de graves consecuencias, cual fué que Lutero, llamado ante la Dieta, se negó á abjurar de sus «errores» y pudo salir de Worms sano y salvo. Por aquel mismo tiempo, Carlos llevó á cabo el convenio con su hermano Fernando, de que hemos hablado, cediendo á éste sus dominios de Austria, Estiria, Carintia y Tirol, es decir, todas sus posesiones alemanas, y nombrándole su teniente general en Alemania. A partir de aquel momento, el gobierno de Carlos V fué casi una diarquía.

En su viaje de España á Alemania habíase detenido Carlos en Inglaterra para visitar al rey de esa nación.

Allá por el año 1520, Enrique VIII estaba en la plenitud de su vigor y de su juventud. Alto, recio de cuerpo (su excesiva gordura fué posterior), más guapo que Francisco I, según decían, diestro en todos los ejercicios, apasionado de la caza, del juego de pelota y de los torneos, aficionado á la suntuosidad, á los trajes

magníficos, complaciase en darse una vida brillante. Tenía además una inteligencia clara, despierta, hablaba el latín, el francés y el español, y era erudito, letrado y humanista. Era también hombre muy piadoso que oía todos los días varias misas, y durante algún tiempo anduvo mezclado en el movimiento que impulsaba á ciertas inteligencias privilegiadas al estudio de las cues-

tria (1). Ejercía realmente gran influencia sobre su señor y aun había adoptado poco á poco la costumbre de resolver por sí y ante sí. El embajador del papa refería que Wolsey le había dicho un día: «Su Majestad hará esto y lo otro;» al día siguiente: «Haremos esto y lo otro;» y más adelante: «Haré esto y lo otro.» Esto no quiere decir, sin embargo, que Enrique VIII estuviera



El rey Enrique VIII de Inglaterra, cuadro de Juan Holbein, propiedad del conde de Yarborough

completamente eclipsado, sino más bien que el rey y su ministro llegaron paulatinamente á pensar del mismo modo, y acaso las pocas divergencias que algunos creen observar entre ellos fueron una habilidad que excusaba y facilitaba las variaciones tan frecuentes de su diplomacia.

¿Tuvo una política personal ó se dejó dirigir por Wolsey? Este, canciller de Inglaterra, cardenal y legado *a latere*, era á la vez jefe del gobierno y de la Iglesia y dirigía además toda la diplomacia, sosteniendo correspondencia con los embajadores y relaciones directas con Francisco I, Carlos V y Margarita de Aus-

(1) Era tan codicioso de dinero como de poder. En 1520 recibía de Francia una pensión de 14.000 libras; recibió de Carlos el obispado de Badajoz, que producía 5.000 ducados, y una pensión de 2.000 que percibía sobre el obispado de Palencia. Vivía como un soberano: su palacio de Hampton-Court era inmenso y había que atravesar ocho habitaciones para llegar á la sala de audiencia del cardenal, en la que, por otra parte, era muy difícil ser admitido. Su vajilla de oro y de plata valía, según parece, 150.000 ducados. Recibió ó exigió de Venecia un regalo de 100 alfombras de Damasco.

Uno y otro comprendieron que no tenían ningún interés directo en el continente; que Francisco y Carlos, con ser tan poderosos, eran débiles á causa de su rivalidad; y que era preciso evitar á toda costa que se unieran ó que uno de ellos triunfara (1), y á impedirlo dedicaron sus esfuerzos. No se les ocurrió desempeñar un papel ideal de árbitros, misión demasiado elevada para su genio y para su ambición, sino que quisieron mantener la balanza en el fiel entre los dos rivales y no intervinieron entre éstos más que en provecho propio. Además, experimentaban una satisfacción de amor propio al verse solicitados por ambas partes.

Sus simpatías no eran para Francia. Enrique VIII, tío de Carlos V por su casamiento con Catalina de Aragón, parecía deber inclinarse al emperador por razones de familia; y sin embargo, no fueron estos los verdaderos motivos de esta inclinación, sino que se aproximó á Carlos principalmente por la envidia que tenía de Francisco I, quien le ofuscaba con el esplendor de que se rodeaba, con la ostentación que hacía de su personalidad, y con su pretensión, de la que eran cómplices cuantos le rodeaban, de presentarse como el soberano más glorioso entre todos los soberanos. De aquí nació entre ambos reyes un antagonismo latente. Pero en Enrique VIII, hombre impulsivo, los sentimientos eran á la vez muy vivos y muy variables, y lo mismo que sus sentimientos, las combinaciones políticas resultaron á menudo invertidas, ora á causa de la ambición de Wolsey, que soñó con ser papa, ora por los caprichos sensuales del monarca inglés cuando desde 1527 pensó en repudiar á su esposa Catalina. Por último, las preocupaciones de dinero determinaron en gran parte los propósitos del rey de Inglaterra, como habían determinado los de sus predecesores. Ahora bien, desde los tiempos de Luis XI y sobre todo de Luis XII, los reyes ingleses eran acreedores de Francia y á la vez estaban pensionados por ella, y Francisco I estaba empeñado con Enrique VIII por cerca de dos millones de escudos, deuda enorme que en ciertos momentos fué su salvaguardia, pues el rey de Inglaterra quería conservar su prenda y aun aumentar el crédito. (2).

En 1520 los soberanos de Francia y de Inglaterra convinieron en avistarse en el continente para discutir las condiciones de una inteligencia; pero los preparativos hechos para la ceremonia y el empeño que de antemano ponían ambos príncipes en competir en punto á suntuosidad eran señales no tanto de la cordialidad de sus relaciones como de sus rivalidades de amor propio.

Enrique VIII había mandado construir cerca de Guines cuatro grandes pabellones de madera, cubiertos de tela pintada y adornados interiormente con magníficos tapices, y Francisco I había hecho levantar junto á Ardres un pabellón de sesenta pies en cuadro, «por tuera de tisú de oro de pelo rizado y por dentro forrado de terciopelo azul, sembrado todo él de flores de lis y de bordados de oro de Chipre, y cuatro pabellones más en los cuatro ángulos, de análoga riqueza, siendo el cordaje de hilo de oro de Chipre y de seda azul tur-

(1) Todo esto se ve claramente cuando se estudian las negociaciones entabladas después de Pavía hasta 1527 y 1528. Véase más adelante, pág. 283.

(2) Acerca de esto véase Jacqueton, obra citada.

quesa, cosa muy rica.» Pero una tempestad derribó las tiendas francesas y fué preciso construir á toda prisa y de cualquier modo un salón para las recepciones.

Siguiendo la costumbre establecida, habíanse adoptado las mayores precauciones para fijar los detalles de las ceremonias y para garantizar la seguridad de los dos reyes y de sus respectivos séquitos, pues en una y en otra parte reinaba gran desconfianza, determinándose minuciosamente el número de hombres armados, de gentilhombres y de servidores. El día 30 de mayo, Francisco I salió de Montreuil acompañado de su esposa y de su madre, y el mismo día pasaron el mar Enrique VIII y Catalina de Aragón; en 1.º de junio el cardenal de York, «con aparato suntuoso, según es costumbre,» fué á encontrar á Francisco I en Ardres, y decidieron que la entrevista se verificaría el día 7 en un campo cercano á Guines, en territorio inglés. Allí se celebró el famoso *Campo de la Tela de oro*.

El día 7 de junio los dos reyes salieron mutuamente al encuentro, se besaron y entraron en el pabellón de Enrique VIII, adornado con vajilla de oro y plata «y con dos ó tres pipas de vino,» acompañados únicamente de Wolsey y de Bonivet, permaneciendo juntos como un cuarto de hora. En el entretanto, las respectivas escoltas se habían juntado, comían y bebían alegremente y «brindaban diciendo estas palabras: buenos amigos franceses é ingleses, que repitieron varias veces mientras apuraban animosamente las copas.» El día 10 hubo un gran banquete y el día 11 comenzaron las justas en presencia de caballeros y damas que se habían vestido ricamente hasta arruinarse y «que llevaban encima sus campos y sus haciendas (3).» Mas, á pesar de los esfuerzos que se hicieron por ambas partes, no se rompió el hielo: Francisco I había tenido un arranque de hidalgo cortés yendo un día sin escolta alguna á encontrar á Enrique VIII cuando se levantaba de la cama; pero, en cambio, en otra ocasión le mortificó grandemente luchando con él cuerpo á cuerpo y derribándolo en tierra. El 24 los dos reyes se separaron «y se demostraron los mayores testimonios de amor y de intimidad que pudieran manifestarse, llamándose mutuamente hermanos.»

Francisco I no había obtenido de «su hermano» otra cosa que un tratado en el que se reproducían casi las mismas estipulaciones de 1514 y 1518 y se trataba sobre todo de las obligaciones pecuniarias. Pocos días después, Enrique VIII volvía á encontrar en Gravelinas á Carlos V (4) acompañado de su hermano Fer-

(3) Un monje de la abadía de Saint-Sauve, de Montreuil, que visitó el Campo de la Tela de oro, observa que entre los ingleses reina un orden excelente, que no hay entre ellos disputas ni excesos. Dice que los franceses se llevaron la palma en punto á lujo de los trajes y número de asistentes y que fueron superiores á los ingleses en los diferentes juegos. Pero nada igualaba, según él, á la magnificencia del pabellón de Enrique VIII: «*Id quod dolentes referimus, sed veritas vincit*» (lo que consignamos con pena, pero á ello nos obliga la verdad.) Y añadía que el acceso á las tiendas inglesas era fácil para todos, al revés de lo que sucede generalmente en Francia; se circulaba por el campamento, se entraba en todas partes, y «nadie se marchaba sin haber bebido un vino excelente.» Un cuadro que se conserva en el castillo de Windsor representa el pabellón y el campamento de los ingleses, por donde circulan largas comitivas.

(4) Le había visto ya otra vez antes del Campo de la Tela de oro. Véase anteriormente, pág. 272.

nando, del arzobispo de Colonia y del Sr. de Chievres y regresaba con él á Calais; aquella entrevista fué menos brillante, pero más cordial que la de Guines, y la reserva y sencillez que en ella demostró el emperador agradaron mucho á los ingleses. En 14 de julio firmóse un tratado secreto cuya cláusula más importante era la que estipulaba que los dos soberanos prometían verse nuevamente y hablar de sus intereses, fórmula que permitía á Enrique VIII tranquilizar á Francisco I afirmándole que no se había aliado con el emperador y que permanecería fiel á las promesas hechas al rey de Francia mientras éste cumpliera sus compromisos.

En Italia, la situación era muy complicada. Francisco I era dueño del Milanesado y de Génova, pero su gobierno era allí muy impopular: ya en 1516, Seyssel (1) hacía constar este estado de cosas en una memoria dirigida al rey, insistiendo en él y hablando de la mala voluntad de las ligas suizas. Venecia, que se había rechecho pronto de los fracasos de la Santa Liga y que por virtud del tratado de Noyón había recobrado sus posesiones de tierra firme, era aliada de Francia y continuó siéndolo hasta 1523; y Florencia permanecía bajo la hegemonía del papa y seguía la política de éste. Pero la península hallábase en 1519 y 1520 asolada por partidas de aventureros que, al primer rumor de guerra, iban á ponerse á sueldo del mejor postor; y no eran solamente los príncipes, como el duque de Urbino, el duque de Ferrara y el marqués de Mantua, los que emprendían guerras particulares, sino que, como en los siglos XIV y XV, varios señores sin territorio alguno formaban compañías y luchaban para sí ó para los demás, bastando disponer de 2.000 ó 3.000 hombres bien armados y bien ejercitados para llegar á ser una potencia. Sin embargo, los acontecimientos que tanto habían hecho sufrir á Italia desde la primera expedición de Carlos VIII y el espectáculo de los ejércitos extranjeros que todavía pisaban su suelo habían despertado en los italianos el sentimiento nacional que iba á manifestarse en 1526 en una rápida, pero corta explosión. El papa, que era considerado todavía como un auxiliar precioso y solicitado, sentíase directamente amenazado por el Estado de Nápoles, que pertenecía á los españoles, y por el Milanesado, que era de los franceses, y quería evitar á todo trance que uno de los dos príncipes llegara á ser demasiado poderoso en la península, juntándose á estas preocupaciones ambiciosas personales, puesto que trataba de engrandecerse por el lado de Parma y Reggio y aspiraba, en su calidad de Médicis, á restablecer en Florencia la omnipotencia de su familia.

Francisco I hizo grandes sacrificios para conservar ó reconquistar la alianza de León X, comprometiéndose á protegerle contra el duque de Urbino, dando el arzobispado de Narbona y los obispados de Marsella, Laval y Bayeux y la mayor parte de los del Milanesado á los sobrinos del papa, á sus hechuras y á sus cardenales, y renunciando á reclamar Módena y Reggio que le habían sido prometidos. A fines de 1520, León X firmó un tratado secreto, mas no tardó en volver de nuevo al bando del emperador y remitió al embajador de Car-

(1) Respecto de Seyssel, véase pág. 148.

los la hacanea blanca, signo de la investidura de Nápoles, lo cual equivalía á aceptar la elección imperial, á pesar de haber prometido á Francisco que no la reconocería. Desde aquel momento, el papa se mostró rencoroso y áspero con Francia.

Francisco I envió en 1520 á Suiza á Antonio de Lamet «á fin de encontrar el medio de formar una liga y alianza perpetua con todos los cantones de las Ligas, porque en virtud del primer tratado hecho en el año 1516 no había liga, sino simplemente una pacificación del tiempo pasado (2). Los suizos han sido tan cautelosos que no han querido hacer una cosa en que hubiera un fin que fuera duradero, para tener en suspenso á los príncipes y tomar dinero de un lado y de otro.» Ahora bien, Francisco I necesitaba de ellos porque su infantería valía menos que la de los españoles. Lamet consiguió en mayo de 1521 firmar un tratado con doce cantones, pues Zurich persistía en abstenerse, y con sus aliados del Valais, de la Liga gris, tratado por virtud del cual se confirmaba la paz de 1516 y los cantones concedían al rey de Francia el derecho de reclutar soldados en sus territorios, le reconocían como soberano legítimo de Milán y de Génova y se comprometían á ayudarle y á mantener en estas posesiones su dominación. Francisco I tuvo desde 1522 en Suiza un «embajador ordinario» que residía en Soleure. Pero aquella alianza fué turbada, como en tiempo de Luis XII por las exigencias de los suizos, por las intrigas de los imperiales ó de los papas y también por los frecuentes retrasos en el pago de las sumas debidas á los cantones. Y cuando los confederados se dividieron en católicos y protestantes, fueron menester toda clase de miramientos para conservar á los unos sin desprenderse de los otros.

En el Norte de Europa, Francisco I reanudó con Escocia relaciones más íntimas, apoyó al duque de Albany, adversario de los ingleses, y se manifestó dispuesto á aplicar las cláusulas del tratado firmado en Ruán en 1517, que durante todo el reinado fué la base de la alianza entre ambos países. También envió refuerzos al rey de Dinamarca que luchaba contra Suecia, según se ve por un mandamiento en el que se habla de 1.000 hombres transportados á aquel país. No parece, sin embargo, que el monarca francés considerara estas negociaciones con otro carácter que con el de secundarias.

II.—Estalla la guerra

Francisco I no rompió las hostilidades hasta marzo de 1521, habiendo cometido el grave error, desde el momento en que quería la guerra, de no haberla declarado antes, cuando Carlos hallábase emba- 1521
razado por la sublevación de los Comunerios y no había entablado aún negociaciones con Inglaterra y con el papa. Los aliados que tenía Francisco I apenas estaban en condiciones de sostener la lucha: eran éstos Roberto de la Marca y Enrique de Albret (3), y á pesar de la circunstancia indicada fueron los primeros á quienes lanzó contra el Luxemburgo y la Navarra española. En cuanto á sus propios ejércitos, no entraron en campaña has-

(2) Véase pág. 132, y respecto de la negociación de 1520 y 1521. Rott, obra citada.

(3) Acerca de éstos, véase pág. 103.